
Trabajo, sindicatos y reproducción social: tres dimensiones de una misma crisis

Paula Varela
CEIL-CONICET
pvarela@sociales.uba.ar

Fecha de recepción: 6 de noviembre de 2024
Fecha de aprobación: 20 de noviembre de 2024

La pregunta por la situación de las y los trabajadores en un momento de fuerte ataque como el actual implica, al menos, tres movimientos. Uno de largo plazo que obliga a pensar la *morfología de la clase trabajadora* en la Argentina a partir de las huellas que la marcaron en la década del noventa y que los años de crecimiento económico de la primera década del siglo XXI no revirtieron¹. Me refiero a la precarización laboral en sus dos principales manifestaciones: en la forma en que logramos vender nuestra fuerza de trabajo en un mercado laboral con cada vez menos derechos y en la forma en que es consumida productivamente nuestra fuerza de trabajo en condiciones laborales cada vez más degradadas. Esto ha consolidado una morfología fragmentada en tres sectores: un núcleo de asalariados formales que detenta derechos laborales (aunque cada vez más precarizados), cuya tendencia general es a la reducción lenta; otro de trabajadores informales (sin derechos) que viene consolidándose en un piso alto de alrededor del 30%, con picos de crecimiento en determinados períodos como la salida de la convertibilidad o la pandemia; y un heterogéneo sector de los denominados “trabajadores independientes” cuya tendencia es al crecimiento y que muchas veces son los otrora informales hoy transformados en “cuentapropistas” (ya sea a través de la plataformización como vehículo para la oferta de bienes y servicios, u otros mecanismos como el monotributo social). A esto hay que sumarle a quienes no logran vender su fuerza de trabajo en ninguna de estas tres modalidades y conforman el sector de los desocupados cuya

1- Como señaláramos en debate con otras lecturas del período, desde el año 2003 se configuró “una contradicción constituyente del régimen kirchnerista: la contradicción entre la fuerte recomposición social de los trabajadores (alentada por las variables de la acumulación postconvertibilidad) y el mantenimiento de las condiciones de explotación neoliberales (sobre las que se basa dicha acumulación)” (Varela, 2015, p. 232).

medición suele ser errática. Esta foto compuesta en el transcurso de las tres últimas décadas configura una profunda *crisis del trabajo*² y explica el cada vez más acuciante fenómeno de los “trabajadores pobres”.

A esta mirada de largo plazo hay que agregarle una de mediano plazo que nos reenvía a las formas que asumió la denominada “revitalización sindical” en el período 2004-2015 y que consta de dos procesos simultáneos (y conectados), pero diferenciados. Aquel que refirió al nuevo protagonismo que asumieron los sindicatos (y sus direcciones) en la puja distributiva mediada por el Estado (firmas de CCT, paritarias, mesas tripartitas, etcétera) cuya orientación mayoritaria podría resumirse en el intento de llevar adelante lo que Etchemendy y Berins Collier (2008) llamaron un “neocorporativismo segmentado”³, es decir, negociaciones sectoriales aceptando (y consolidando) el achicamiento de la base de representación de los sindicatos producto de la precarización y fragmentación impuesta en los ‘90. Por otra parte, aquel proceso que denominamos “sindicalismo de base” que implicó una renovación generacional de la militancia en el lugar de trabajo y, de su mano, una politización de los establecimientos laborales con creación o reactivación de comisiones internas, cuerpos de delegados; etcétera. Parafraseando a Murmis y Portantiero (2011), este sindicalismo de base fue producto de una asincronía entre acumulación y participación: la expansión e intensidad del crecimiento económico con fuertes incorporaciones al mercado de trabajo de 2003 en adelante produjo una rápida recomposición social y aumento de las expectativas, que se topó con la continuidad de una ciudadanía devastada en el terreno de los derechos laborales. Sumamente rico, la revitalización por abajo no logró sin embargo perforar las cúpulas de sindicatos y centrales obreras y renovar sus direcciones ni sus políticas neocorporativas. Esta otra foto es fundamental para comprender que, a 20 años de aquella recomposición, asistimos a una *triple crisis de las organizaciones sindicales*: de su base de representación (cada vez más chica), de sus demandas (cada vez con menos fuerza y que aparecen como menos legítimas ante el mar de

2- Lo que aparece como “crisis del trabajo” a nivel internacional es, en realidad, la crisis del modelo de trabajo asalariado configurado en la segunda posguerra (véase Gutiérrez Rossi y Varela, 2024).

3- Como señaláramos durante el debate sobre la “revitalización sindical”, defender como auspicioso el modelo del “neocorporativismo segmentado” subvaluaba, a mediano y largo plazo, la debilidad que el achicamiento de la base de representación implica para el conjunto de los sindicatos y su poder de negociación, y confundía la eficacia a corto plazo con fortaleza de la organización sindical y del sindicalismo de servicios. Además, dado el sesgo institucionalista de la perspectiva, no ponderaba lo que la consolidación de la fragmentación del mercado de trabajo significa para el conjunto de las y los trabajadores y para el crecimiento de los “trabajadores pobres”. Casi veinte años después de aquel debate, las debilidades de esa perspectiva se han vuelto más palpables (véase Varela, 2016).

trabajadores pobres), y de territorios (cada vez más reducidos ante los altos grados de dispersión espacial de los trabajadores).

Por último, es necesario un tercer movimiento de análisis (indisociable de los dos anteriores) que tiene que ver con lo que desde el feminismo marxista⁴ denominamos “crisis de reproducción social”, la cual se volvió estridente en el corto plazo de la pandemia de COVID-19 y de allí hasta nuestros días. A diferencia de cómo la piensan otras perspectivas (como la de los “cuidados” o de la “sostenibilidad de la vida”⁵), la idea de “crisis de reproducción social” coloca la noción de fuerza de trabajo en el centro de la escena (de allí que implique una mirada de clase sobre la reproducción social) y obliga a pensar interconectadamente los tres grandes mecanismos a través de los cuales, las y los trabajadores reproducimos nuestra fuerza de trabajo (y con ella, nuestra vida): el trabajo remunerado y su precarización; los servicios públicos de reproducción social (como salud, educación, cuidados) cada vez más ajustados y mercantilizados; y el trabajo no remunerado en el hogar, abrumadoramente a cargo de las mujeres trabajadoras, cada vez más agobiante dada la escasez de recursos y de tiempo. Los hogares estallados de la pandemia no solo mostraron el carácter esencial del trabajo de reproducción social que llevamos adelante las mujeres, sino que mostraron también que la enorme crisis que atraviesa la posibilidad de reproducirnos (para quienes somos parte de la clase trabajadora) debe pensarse en estas tres dimensiones: trabajo remunerado, servicios públicos y hogares/comunidad.

4- El debate sobre la reproducción social es heredero del “debate sobre el trabajo doméstico” llevado a cabo durante la Segunda Ola Feminista en la década del ’70. En el camino de buscar las relaciones entre «el hogar» y «la fábrica», la pregunta acerca de si el trabajo doméstico produce o no produce valor se transformó en una cuestión central del debate. Y su respuesta configuró lo que podemos denominar como la visión autonomista y la visión marxista de la reproducción social. La primera, originada en los escritos de Mariarosa Dalla Costa (proveniente del operaismo italiano) y representada en la actualidad por Silvia Federici (entre otras). La segunda encuentra en el libro de Lise Vogel (2024) las bases de lo que es hoy la Teoría de la Reproducción Social con autoras como Tithi Bhattacharya, Susan Ferguson y Cinzia Arruzza (entre otras). El punto en común de ambas visiones es la crítica a aquellos abordajes del capitalismo que analizan, exclusivamente, el trabajo que produce valor (el trabajo asalariado) sin considerar el carácter indispensable que tiene el trabajo de reproducción social para la acumulación de capital. La principal diferencia reside en cómo piensa cada una de estas vertientes la relación entre ambos trabajos (productivo y reproductivo). Mientras la visión autonomista pone el foco en el espacio doméstico/territorial como ámbito privilegiado de producción de valor y, por ello, oikos de la sociedad (y “punto cero” de la revolución); la TRS coloca el foco en la relación contradictoria entre «producción de ganancias» y “producción de vida” bajo el capitalismo, y analiza las tensiones emergentes de dicha contradicción (y sus potencialidades políticas). Para más desarrollo, véase Varela, 2020.

5- Para un análisis de las diferencias entre perspectivas, véase Varela, 2024.

Disparar contra las dicotomías

Ante esta *crisis multidimensional* (del trabajo, de las organizaciones sindicales y de la reproducción social), propongo construir una perspectiva que permita pensar los distintos andariveles de forma conectada. Para eso, traigo elementos de la Teoría de la Reproducción Social (TRS) que, habiendo surgido en el seno del debate del feminismo marxista, se configura como una teoría crítica del capitalismo que coloca la pregunta por la reproducción de la fuerza de trabajo en el centro y, a partir de allí, permite discutir los contornos y potencialidades de la clase trabajadora.

El *primer elemento* tiene que ver con la forma de pensar *la relación entre el ámbito de la producción de mercancías (y de valor) y el de la reproducción de la fuerza de trabajo* (y de las personas que la portamos). Lo habitual, en el campo de las ciencias sociales, es pensar esta relación de forma dicotómica. De facto, esta dicotomización ha implicado una división disciplinar entre los “estudios del trabajo” y los “estudios de movimientos sociales” o de la denominada “economía popular”, como si efectivamente configuraran universos independientes con dinámicas y lógicas propias. La naturalización de esta dicotomía, que se reforzó luego de la crisis de 2001, puede observarse también en una suerte de división del trabajo en las organizaciones de clase entre sindicatos (mayoritariamente corporativos) y movimientos sociales (mayoritariamente dedicados a sostener una economía de subsistencia). Por el contrario, la perspectiva de la TRS invita a pensar el ámbito de la reproducción social en su relación inalienable con el de la producción de mercancías y valor (como corazón de la acumulación de capital) y, de este modo, combate la ilusión de autonomía de las esferas y de sus luchas que hoy prima. Si analizáramos los sindicatos desde esta perspectiva transversal, observaríamos la importancia que ha tenido la reducción del repertorio de demandas del movimiento obrero a la lucha por el salario (lucha necesaria, por supuesto, dado que el salario es lo que permite adquirir los medios para la reproducción social bajo el capitalismo). Eso ha expulsado de la agenda otras demandas que también son fundamentales para nuestra reproducción social como el acceso a la vivienda (hoy inalcanzable a través del mercado); al transporte (en transición de servicio público a mercancía); la educación, la salud y los cuidados (en vías de erradicación como derechos); los servicios de infraestructura urbana (ausentes o escasos en la gran mayoría de barrios de trabajadores); los bienes comunes (en franca privatización); etcétera. Esas demandas fundamentales para la reproducción de nuestra vida tienen, además, la fuerza de interpelar a otros miembros de la clase trabajadora que no son parte de la minoría de asalariados sindicalizados. En términos de la metáfora de Ricardo Antunes (2005), interpelar al conjunto de la clase que vive del trabajo. Esa transversalidad que habilita la perspectiva de la reproducción social es la que me interesa rescatar aquí, porque disuelve las dicotomías (demandas de la producción *versus* demandas de la reproducción) y permite pensar solidaridades entre diversos sectores de la clase trabajadora

que no se basen en declaraciones de buena voluntad (siempre bienvenidas, pero insuficientes), sino en intereses comunes de una clase fragmentada y precarizada.

El *segundo elemento* tiene que ver con lo que denomino *poder socioreproductivo* de la clase trabajadora. Como es sabido, la pregunta por las fuentes de poder de las y los trabajadores es un clásico de la sociología del trabajo y del marxismo, y puede considerarse ya clásica también la distinción elaborada primero por E. O. Wright (2000) y luego por Beverly Silver (2005) entre el poder estructural (derivado de la posición en el sistema económico, el cual abre la posibilidad de interrumpir la acumulación de capital) y el poder asociativo (derivado de la unidad y la conformación de organizaciones obreras). Lo que quiero plantear es la necesidad de incorporar al análisis una tercera categoría: la posición socioreproductiva como fuente específica y diferenciada del poder de la clase trabajadora que ocupa posiciones en las instituciones de reproducción social como hospitales, escuelas, centros de cuidados. Las luchas en estas instituciones vienen cobrando fuerza en los últimos años al calor del crecimiento relativo de este sector de los servicios, los ajustes que sufren, y también el cuestionamiento a la desvalorización del trabajo de cuidados que la Nueva Ola Feminista ha puesto en la agenda de debate. Sin afirmar aquí que las luchas en este sector tienen una impronta feminista *per se*, el nuevo movimiento feminista ha ayudado a profundizar la contradicción entre el carácter necesario de este trabajo («esencial» como se denominó en la pandemia) y el carácter «descartable» de quienes lo llevan a cabo. Estas luchas en las instituciones de reproducción social presentan una particularidad que la lente teórica de la TRS permite observar con claridad: *la posición estratégica de sus trabajadoras*, ya no en el sistema económico productivo (como podría pensarse para sectores como la logística o ciertas industrias), sino en la condición de posibilidad de este sistema económico-productivo: la reproducción de la fuerza de trabajo. Esto repercute directamente en su (siempre potencial) «poder de clase», porque las instituciones en las que se lleva a cabo este trabajo tienen la particularidad de combinar en tiempo y en espacio, por los propios rasgos del trabajo de producir y reproducir la vida, necesidades laborales de las y los trabajadores en tanto asalariados con necesidades reproductivas de las y las trabajadoras en tanto clase que vive del trabajo (no solo su fracción asalariada). Eso las vuelve territorios anfibios y, por ende, potenciales nodos de articulación de luchas de la producción y la reproducción, lo que puede ser sumamente disruptivo como contra tendencia a las luchas corporativas, y su reemplazo por el debate entre trabajadores acerca de cómo organizar luchas de clase que, por el contrario, articulen demandas de forma transversal. En ese debate, las mujeres trabajadoras somos indiscutidas protagonistas.

El *tercer y último elemento* tiene que ver con la necesidad de que recuperemos, como clase, el derecho a *imaginar y establecer las condiciones de nuestra propia reproducción social* no solo en términos materiales sino también

histórico-morales –para tomar las palabras de Marx (2004) en *El Capital*–. Cuando un joven que trabaja 12 horas en reparto afirma que, aun teniendo en cuenta la remuneración, seguiría eligiendo ese “trabajo independiente”, está diciendo algo que hay que escuchar. Por ejemplo, que si va a destinar la gran mayoría de su tiempo a trabajar para vivir mal de sus ingresos (que es lo que ofrece el mercado de trabajo para la gran mayoría), quiere, por lo menos, no tener alguien que lo controle, poder parar 15 minutos para descansar, hacerse una escapada para ver a alguien o hacer algo extralaboral (aunque esos 15 minutos no se los pague la aplicación y el algoritmo lo castigue por ello). Ante la imposibilidad de que un trabajo asalariado rutinario y despótico permita acceder a los bienes necesarios para un vivir que se suponía como “lo mínimo”, el horizonte de una explotación que al menos no te encierre en un lugar con jefes y te permita ciertos *flashes* de libertad aparece como posible (aunque esa “libertad se paga por semana”, como decía la publicidad de UBER, y se paga mal⁶).

Eso nos obliga a hacernos la pregunta acerca de las condiciones en que pretendemos reproducir nuestra vida no solo en términos estrictamente económicos sino en términos del tiempo (dedicado a trabajo o al ocio), pero también de la violenta regimentación de los cuerpos; la determinación de lo «capacitado» y lo «discapacitado»; la normalización de la sexualidad; la segregación y el uso del espacio; el establecimiento de lo racializado; la relación con la naturaleza y los bienes comunes. La gran mayoría de las veces estos problemas han sido analizados en una oposición forzada y artificial con los problemas «clásicos» de las y los trabajadores. Y han sido tomados, en términos socio-políticos, por movimientos sociales (feministas, LGBT+, ecologistas, en defensa de los pueblos originarios y los bienes comunes, etcétera), que en algunas ocasiones han confluído con sindicatos, pero en muchas otras no. Sin embargo, y en sentido contrario a una mirada dicotomizante, estos problemas expresan otras dimensiones de las formas en que el capital moldea, violentamente, la vida de quienes trabajamos para vivir. Todos esos elementos que, bajo el capitalismo, han implicado diversas opresiones constituyentes de la formación histórica de la clase trabajadora como clase explotada, son parte necesaria de nuestra discusión. La propia crisis del modelo de trabajo asalariado de la posguerra (y de sus organizaciones) como forma hegemónica de reproducción de la fuerza de trabajo en occidente, y el violento intento (por parte del capital) de reestablecer los parámetros de la reproducción de la vida de la heterogénea clase que vive del trabajo en la actualidad, nos obligan a discutir, lo más audaz y creativamente posible, las formas para exigir nuestro derecho a establecer las condiciones de nuestra propia reproducción social y las organizaciones que necesitamos para ello. Como dicen Bhattacharya, Farris y Ferguson, «si la producción capitalista solo se ocupa de un chato y rutinario tiempo presente, la Reproducción

6- Véase Rosenblat (2021).

Social, como teoría y práctica, dirige su atención hacia el futuro, hacia la reproducción continua de la vida de la especie y del mundo social que creamos en y a partir del mundo natural» (2022, p. 63). Un proyecto nada desdeñable.

Referencias bibliográficas

Antunes, R. (2005). *Los sentidos del trabajo. Ensayos sobre la afirmación y la negación del trabajo*. Editorial Herramienta.

Bhattacharya, T. Farris, S. y Ferguson S. (2022). Social Reproduction Feminisms. En: B. Skeggs; S. Farris; A. Toscano y S. Bromberg (eds.) *The SAGE Handbook of Marxism* (pp. 45-67). Sage Publications.

Etchemendy, S. y Berins Collier, R. (2008). Golpeados pero de pie: resurgimiento sindical y neocorporativismo segmentado en Argentina (2003-2007). *POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político*, (13), 145-192.

Gutiérrez Rossi, G. y Varela, P. (2024). ¿Hacia dónde va el trabajo? Apuntes sobre la clase trabajadora global. En: P. Varela, G. Gutiérrez Rossi y M. Cambiasso (eds.) *¿Hacia dónde va el trabajo? Informalidad, digitalización y reproducción social* (pp. 32-49). Ediciones CEIL. <https://kalewche.com/wp-content/uploads/2023/03/3-RossiVarela-Hacia-donde-va-el-trab.pdf>

Marx, K. (2004). *El Capital* (vol. I). Siglo XXI.

Murmis, M. y Portantiero, J. C. (2011). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Siglo XXI.

Rosenblat, A. (2021). *Uberland. Cómo los algoritmos están reescribiendo las reglas del trabajo*. NOLA Editores.

Silver, B. (2005). *Fuerzas del trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Akal Ediciones.

Varela, P. (2015). *La disputa por la dignidad obrera. Sindicalismo de base frabril en la zona norte del Conurbano bonaerense 2003-2014*. Imago Mundi.

Varela, P. (2016). ¿Revitalización sindical sin debate de estrategias? En: *El gigante fragmentado. Sindicatos, trabajadores y política durante el kirchnerismo* (pp. 13-50). Final Abierto.

Varela, P. (2020). La reproducción social en disputa: un debate entre autonomistas y marxistas. En: *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, (16), 71-92. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n16.241>

Varela, P. (2023). Las luchas por nuestra reproducción social: debates teóricos y combates sociales. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 23(2), r2302.

Varela, P. (2024). Un libro justo a tiempo, 40 años después (prólogo). En: L. Vogel. *El marxismo y la opresión de las mujeres. Hacia una teoría unitaria*. Ediciones IPS y Ediciones CEHTI.

Vogel, L. (2024). *El marxismo y la opresión de las mujeres. Hacia una teoría unitaria*. Ediciones IPS y Ediciones CEHTI.

Wright, E. O. (2000). Working class power, capitalist class interest, and class compromise. *American Journal of Sociology*, 105(4), 957-1002.